

envidia en los que dormían bajo la verde yerba, á la sombra de la cruz, más dichosos que ella: recordó á su amiga María Magdalena, que reposaba al pie de la iglesia de Chapelle-aux-Ifs, y se repitió lo que tantas veces se habia dicho:

—¿Por qué el obús prusiano no me hirió en lugar de ella?

Al fin llegó á la puerta secreta del parque, deteniéndose ante ella, como si vacilase en traspasar sus umbrales.

Al día siguiente vendrían á buscarla á aquel palacio.

¡Qué humillación! ¡Qué escándalo!

¿No era preferible ir á llamar á la puerta del juez y decirle: «Prendedme; he cometido un crimen?»

Por un momento pensó en volver sobre sus pasos, pero se sintió muy fatigada, y dijo hablando consigo misma:

—¡Mañana! ¡Mañana!

Al fin decidióse á entrar y avanzó algunos pasos, pero en el instante en que llegaba á la puerta y se disponía á abrirla, destacóse del muro la silueta de un hombre, y oyó decir con voz irritada:

—Al fin, sois vos; ¡gracias á Dios! ¡Cuánto os habéis hecho esperar!

XIII

Lo que vale un juramento amoroso.

La marquesa de Lignerés no había perdido el tiempo.

Esta clase de viejas, secas y apergamina-das, cuando se trata de hacer daño, son diestras como clowns, industriosas y activas como las hormigas.

Cuando se extinguió el ruido del carruaje, que llevaba á Margarita Souvray á Bourges, la viuda regresó al palacio; pero en vez de entrar en su habitación, subió algunos escalones más y se dirigió á la de su hijo, que estaba en el piso segundo.

Roger de Lignerés, que estaba en el balcón fumando un cigarro, admiróse de la intempestiva llegada de la marquesa, que no podía presagiarle nada bueno: tenia de su madre el mismo concepto que el perspicaz Mr. Godet.

—¿Vos, madre mia, tan tarde?—le preguntó.

La marquesa repitió, como un eco:

—Sí, yo, tu madre, ¡tan tarde!

Por la inflexión de voz de la viuda, el heredero de Lignerés conoció que sucedía algo insólito y que iba á oír noticias importantes.

—¿Queréis tomaros la molestia de sentaros?

—Con mucho gusto.

La marquesa se instaló en un hermoso sillón, estilo Luis XVI, como todo el elegante mobiliario de aquella habitación, y dijo:

—Etais divinamente instalado, Roger.

—Es verdad.

—Es admirable el número de cosas hermosas que hay en Maillepré.

—Tenéis razón.

—Se reuniría una hermosa fortuna malvendiendo lo que encierra.

El marqués respondía casi maquinalmente, por decir algo, preocupado exclusivamente con el objeto de la visita de su madre y temeroso de que se tratase de algo relativo á María Magdalena, respecto de la cual la marquesa solo podía decir cosas desagradables. Resignóse pacientemente y siguió chupando el cigarro.

—¡He aquí lo que me trae!—dijo bruscamente la vieja.—Maillepré es admirable; el parque es soberbio; la cocina excelente; el *comfort* completo; pero deploro que hayamos venido... ¡Sí, lo deploro amargamente!

—¡Bah!

—Lo deploro infinitamente.

—¡Me admirais!

—A decir verdad, me mortifica estar aquí....

—¿Se habrá atrevido alguien á faltáros?

—No, por cierto.

—La duquesa solo atenciones tiene para vos....

—Es verdad.

—Ya sé que M. Godet os mortifica algo con sus disputas....

—Eso no me molesta; un poco de polémica no es motivo de disgusto.

—Entonces, ¿todo va bien?...

—No. ¿Dudas de mi afecto hacia tí, Roger?—preguntó con cierto enternecimiento la marquesa.

No; ciertamente el joven no dudaba, solo

que hubiera preferido ser objeto de un cariño menos egoísta.

Al fin le dió su madre la solución de aquel enigma.

—Si lamento tanto—dijo—nuestra estancia en Maillepré, es porque no puede ser para tí más que manantial de pesares. No quiero gloriarme de mi perspicacia; pero los había previsto hace tiempo. Hoy, por desgracia, los hechos me dan la razón.

—Por Dios, madre mia,—exclamó el joven—explicáos con claridad y decidme cuáles son esas desgracias que flotan en esta atmósfera de Maillepré.

—¿Estás enamorado de esa muchacha?

—¿De María Magdalena?

—Sí, de María Magdalena—dijo la marquesa procurando dar á sus palabras la inflexión del desprecio.

—No lo oculto... la amo sinceramente, con pasión, menos de lo que ella se merece, y me casaré con ella si Dios quiere.

La marquesa quemó sus navas.

—¿Casarte con ella? ¡Vamos! Pues bien, no, no sucederá eso.

—Quisiera saber—dijo el antiguo oficial, dispuesto á rebelarse—quien me lo impedirá.

—Tú, Roger, tú mismo, tú solo, hijo mio,—respondió la marquesa con inusitada ternura.

—Os confieso que dudo en este instante si estoy soñando...

—Espera.

La marquesa se levantó y llevó á su hijo hacia el balcón que aquél había abandonado

al entrar ella: una vez allí le hizo notar el pálido reflejo que salía por las persianas cerradas de una habitación del primer piso.

—Ves aquella luz.

—Perfectamente.

—¿De dónde procede?

Roger lo sabía mejor que nadie, porque todas las noches pasaba largo tiempo contemplando aquella luz.

—De su habitación ¡pardiez!

—¿De modo que crees que se encuentra en ella ahora?

—Lo supongo, por lo menos.

—¡Pues bien, hijo mio, te equivocas!

El enamorado miró á su madre con inquietud; pero como la conocía á fondo, su confianza no se debilitó, sospechando que se le tendía un lazo.

—Si no está en su habitación—dijo—será que la habrán llamado ó estará con la duquesa.

—¡Error! María Magdalena no está con la duquesa, ni siquiera en el palacio... Está más lejos, mucho más lejos.

—¿En dónde?

—En Bourges.

—¿A esta hora?

—Justamente: es media noche.

—¿Y qué va á hacer tan tarde en Bourges?

El semblante de la marquesa expresó un desdén indecible y dijo con voz segura, recalcando las palabras:

—María Magdalena, tu futura; esa niña por la cual sientes una adoración extrema y

á quien quieres dar tu nombre, está en Bourges en este momento con su amante.

Roger iba á exclamar: «Eso es mentira», pero el respeto á su madre le contuvo, y se limitó á expresar con un gesto su duda.

—No me crees—continuó la marquesa, como compadeciéndole.—Lo temía; la pasión te ciega hasta el punto de no prestar crédito ni á la palabra de tu madre. Yo te engaño, yo miento: eso es lo que ibas á decir, lo sé, porque no necesito oírte para saber lo que piensas. Tú tienes por un modelo de virtud á esa mujer á quien crees tener á dos pasos de tu habitación, y te equivocas. Verdad es que pocas veces se oculta tanta perversidad bajo un rostro tan casto. Pues bien, anda, llama á esa puerta, y verás qué escándalo provocas en esta casa, en donde hay tanto ciego incurable... Pero si quieres evitar este escándalo y asegurarte de mi veracidad, sigue mi consejo... Tú tienes necesidad de refrescar la sangre, Roger, y nada más á propósito que un paseo nocturno. Anda á tomar el aire solo por una ó dos horas, colócate en acecho cerca de la puerta del muro que linda con la iglesia. Allí, al cabo de un tiempo que no puedo precisar, oirás llegar un carruaje por el camino de Bourges, y verás volver á esa niña á quien crees en su cuarto ocupada solamente en soñar con las dulzuras del matrimonio que has tenido la bondad de proponerle, y en el honor de llamarse la marquesa de Lignerés.

Esto es lo que te quería decir, no por apenarte, sino para abrirte los ojos y evitar un

enlace indigno de tí. La casualidad, que me ha permitido sorprender esta intriga, nos salva de un oprobio seguro. En tí está ahora reflexionar y resolver sobre tu porvenir y el mio.

Segura del efecto de este discurso, pronunciado con mucha dignidad, al ver á su hijo con la cabeza inclinada, los dientes apretados, inmóvil, se acercó á él y le dijo, fingiendo una emoción que no sentía:

—¡Valor, Roger! Piensa que el primero de los bienes es el honor, y que los sacrificios que por conservarlo se hacen, son ampliamente recompensados por la satisfacción del deber cumplido.

Dicho esto, se retiró sin que su hijo hubiese respondido.

Cuando la marquesa entraba en su habitación, Roger abrió la puerta de la suya, disponiéndose á salir.

Inútilmente se esforzaba en dudar, pensando que aquello era imposible. Sentíase arrastrado hacia la puerta por la que debía volver María Magdalena.

Descendió la escalera, abrió la puerta del vestíbulo, y se encontró en la escalinata. Después se aventuró en el parque, atravesando los paseos, sin apresurarse, porque tenía tiempo sobrado.

María Magdalena estaba allí hacía poco. Si había ido á Bourges, por corta que fuese su estancia en la ciudad, no podía volver antes de la una de la madrugada lo más pronto.

Roger sentía arder su cabeza y golpearle

ias sienes, sintiéndose á la vez poseído de un insaciable deseo de saber la verdad.

¡Su amante Serigné, el prefecto! Eso era absurdo. Y en el momento preciso en que iba á casarse, la víspera misma de su matrimonio... no se podía creer semejante cosa... Su madre había debido engañarse, dejarse alucinar por falsas apariencias.

Después se acordaba de aquellas palabras de María Magdalena:

«Dentro de algunas horas ó de algunos días vos mismo me acusaréis. No seré vuestra sino en el caso de que no dudéis de mí.»

¿Qué significaba este lenguaje? ¿Qué podía haber de sospechoso en su existencia actual ó en su pasado?

Roger apenas podía ordenar sus ideas; el golpe que acababa de recibir de manos de su propia madre era rudo. Sin embargo, á su pesar le dominaban las preocupaciones. Nunca se había visto sometido á una prueba parecida ni estaba habituado á vivir entre misterios.

De vez en cuando dirigía la vista á la fachada del palacio, y veía, á través de las persianas de la habitación de María Magdalena, la luz, que le hacía estremecerse. Todas las de las demás habitaciones se habían extinguido sucesivamente.

El reloj dió las doce, la una, las dos. Continuó paseándose para reaccionarse, porque la noche estaba fría; pero siempre siguiendo el muro del parque contiguo al camino de Bourges, y prestando oído á todos los rumores lejanos. Dos ó tres carruajes pasaron;

pero sin detenerse siguieron su marcha más allá de Maillepré.

A las dos y media disponíase á retirarse, pensando que su madre estaba engañada y que María Magdalena no había abandonado el palacio, cuando oyó á lo lejos los ladridos de los perros de las granjas situadas á los bordes del camino. Entonces esperó aún.

Cuando daban las tres vió una especie de espectro que se aproximaba á él, pero lentamente, como fatigado y vacilante. A pesar de la obscuridad, sobre la que se destacaba aquella negra silueta, no pudo engañarse: era la culpable.

Cuando él la detuvo, ella no pareció sorprenderse, y se limitó á decir:

—¡Ah! ¿me esperábais?... ¿Y por qué?

—Para convencerme de vuestra falsedad y de vuestras mentiras—dijo Roger colérico.

Margarita Souvray, herida en el alma, le dirigió una mirada apagada y le dijo:

—Está bien; ¡todo ha concluido! ¡Habéis visto!... Dejadme pasar.

Roger la cogió violentamente del brazo, diciéndole:

—¿De dónde venís?

—¿Queréis saberlo?

—Sin duda, puesto que os lo pregunto.

—Pues vengo de Bourges.

—¿De ver al prefacto?

—Efectivamente.

—¿Entonces le conocéis?

—Sí, le conozco.

—¿Cuánto tiempo hace que sois su querida?

—¡Su querida!—murmuró la joven.

—O si os parece mejor: ¿Desde cuando es él vuestro amante?

—¿Qué os importa que lo sea hace dos meses ó diez años?

—¿Y tenéis la osadía de preguntármelo?

—Es claro, puesto que nada hay de común entre nosotros dos.

—¡Felizmente!—exclamó Roger.—¿De modo que no podéis alegar nada para justificaros?

Margarita calló.

—¡Hablad!—gritó Roger.

La joven no desplegó los labios: un frío mortal la invadía de piés á cabeza.

—Pero entonces—continuó Roger, desesperado ante aquel silencio,—¿por qué me engañábais?

—¿Yo?

—¿Por qué, puesto que amábais á otro, habéis correspondido á mi amor, prometiéndome ser mía, para que la deshonra entrase con vos en mi casa el día de nuestro matrimonio?

Margarita, obstinada en su silencio, se dispuso á marcharse, pero él la contuvo con tanta violencia, que se abrió el abrigo, ofreciendo al marqués el espectáculo de su hermoso pecho á medio cubrir, con la rosa encarnada prendida en el corsé y sus desnudos brazos.

—¡La infame—gritó él exasperado—viene aun con la púrpura de las caricias de ese miserable que mañana se casará con otra!

Ante aquel insulto, la joven se retiró: mi-

ró un instante al marqués, dirigiéndole un mudo reproche, y cerrando su abrigo, dijo:

—¡Adiós! Os había advertido lo que iba á suceder. No habéis aguardado siquiera á las veinticuatro horas que os puse de plazo! ¡Adiós para siempre!

Roger permaneció inmóvil, apoyado en uno de los pilares de la puerta, mientras que ella se alejaba silenciosamente como una sombra.

Cuando el marqués se decidió á regresar al palacio, Margarita acababa de cerrar atrás de sí la puerta baja de la escalera de servicio.

Se dirigió á su habitación sin cuidar de ocultarse; como si todo le fuera indiferente, y una vez en su cuarto, dejó caer al suelo la ropa y se acostó, cayendo en ese sueño febril, poblado de mónstruos y visiones horribles, que sigue á las grandes conmociones del espíritu.

XIV

El temor á lo desconcido.

En aquella misma hora, á cuarenta leguas de allí, el conde de Meillant se consagraba á reunir las pruebas de la rehabilitación de Margarita.

Al llegar á Serigné, Pedro había sido recibido por Peschard, que daba muestras de una gran preocupación, porque á su regreso de Chateau-Lavalliere, adonde fué á llevar el despacho para el joven, había en-

contrado una carta de Margarita, que un vecino complaciente había recibido por él.

En aquella carta, Margarita le decía que, ignorando lo que iba á ocurrir, le cedía la pequeña casa que habitaba, terminando así:

«Mi paciencia ha llegado á su término. Mañana, á media noche, habrá dejado de existir el que tanto mal nos ha hecho; nada puede salvarle. Otros me condenarán, quizás; vos, que conocéis el pasado, me absolveréis. Adiós.

El inválido recibió esta carta á las seis de la tarde; no tenía, pues, medio de impedir la desgracia que anunciaba. A la hora en que el conde llegaba á Serigné la muerte debía haberse consumado.

El mendigo estaba espantado, no por Beroult, á quien odiaba, sino por la desgraciada hija del coronel. Al verle, el conde hizo al cochero que detuyese los caballos.

—Esperadme —dijo apeándose;—tardaré una ó dos horas.

Al mismo tiempo le dió dos luises de propina, único modo de tranquilizar al automedonte, respecto de las intenciones de aquel singular parroquiano que hacía pasar la noche cerca de los cementerios y era esperado por los mendigos á las dos de la madrugada. Semejante parroquiano podía ser un original ó un loco; pero no era un ladrón.

El conde y el mendigo no tardaron en llegar frente á la casa del usurero de Serigné. En la oscura fachada veíase una luz

por las junturas de una ventana carcomida.

—Mirad dijo el mendigo,—hay quien vela cerca de la vieja. Es una amiga mía, una viuda llamada la Huguette, que quería mucho á los Souvray, porque las niñas eran buenas para ella.

Peschard empujó la puerta de la casa, que no estaba guardada por nadie.

Brígida, la criada de los Beroult, la vieja escrupulosa y devota, á quien su amo había obligado á ser su cómplice; agonizaba en una habitación del piso bajo; el médico había dicho que no pasaría de la madrugada. La infeliz hubiera podido vivir algunos años todavía; pero el secreto que guardaba desde la muerte del viejo Beroult era demasiado peso para sus débiles fuerzas.

El sacerdote había venido á auxiliar á la moribunda, que representaba la imagen del espanto. La presencia del mendigo, que había ido á verla varias veces, la causaba una emoción extrema.

Al penetrar los dos hombres en la casa, ya visitada por la muerte, permanecieron ocultos en una habitación próxima á la en que la criada estaba hacía algunas semanas, retenida en el lecho por una incurable debilidad.

Al oír el ligero rumor de los pasos de los recién venidos, la asistenta fué á su encuentro. Era una campesina de sesenta años, de rasgos suaves, de maneras dulces y de aspecto bondadoso. Después de cambiar un signo de inteligencia con el mendigo, dijo al viajero:

—Podeis entrar.

—¿Conserva el conocimiento?—preguntó el conde.

—Sí, señor; seguidme.

Al oír ruido de pasos, la moribunda hizo un esfuerzo y preguntó con voz quejumbrosa y casi irritada:

—¿Quién está ahí?

Y luego dijo entredientes:

—El cura seguramente, que viene aun á atormentarme. ¡Ah, Dios!...

—La Huguette se inclinó hacia el lecho y le dijo:

—Calmaos, Brígida; es un caballero joven que quiere hablaros.

—¿De qué?

Pedro de Meillant se aproximó:

—Miradme—dijo con voz grave y persuasiva,—no temais nada. Os traigo el reposo, la paz del alma...

Brígida se volvió hacia él, pero con desconfianza, poniendo sus descarnadas manos sobre el pecho, como si tratara de defender su precioso secreto.

—¿La paz?—balbució.—¿cómo me la dareis?

Al hablar así se incorporó en el lecho.

Sus cabellos desordenados sobresalían por entre un gorro de tela, cubriéndole la faz arrugada. La desdentada boca se agitaba al impulso de una emoción extraordinaria. Sus ojos, fijos, devoraban al inesperado visitante con ardiente curiosidad. Todo en ella revelaba la postración producida por la encarnizada lucha que contra sí misma sostenía

hacia tanto tiempo. Cediendo á un instinto de pudor, cubrió con la camisola su descarnado pecho, mientras la asistenta la ayudaba á enderezarse colocando las almohadas á sus espaldas.

La moribunda rompió el silencio.

—Y bien, ¿qué aguardais?... ¡Hablad, hablad pronto, porque solo tengo algunos instantes de vida!

El mendigo, apoyado en el dintel de la puerta, invisible para la enferma, esperaba con angustia el final de aquella escena, que le oprimía el corazón, pensando en que la salvación de Margarita estaba pendiente de los labios de la moribunda.

Pedro de Meillant contemplaba á esta con ojos de piedad.

—¿Quién sois? ¿De dónde venís? — murmuró la vieja.—No os he visto nunca... no os conozco....

—¿Qué os importa, si vengo á salvaros?

—¿Cómo sabéis que tengo necesidad de que me salven?—preguntó ella con estupor.

—Lo sé. Estais torturada por un punzante recuerdo....

—¡No me lo recordéis!

—Al contrario... En esta hora suprema debe pensarse en reparar el daño de que fuisteis cómplice.

—¿Quién os lo ha dicho?...

—Lo sé—repitió el conde con inalterable calma.

—No hace mucho tiempo —añadió—se representó en esta casa una escena presente siempre en vuestro pensamiento. Una no-

che llegó un hombre, el hijo de vuestro amo, é hizo desaparecer papeles en que constaba que su padre era el depositario de la fortuna de un amigo. Este hombre se llamaba Roland Beroult... el amigo del padre era el coronel Souvray. El coronel estaba próximo á morir, como lo estaremos cada uno en su día á esa hora desconocida en que debemos dejar de pertenecer á la tierra, como lo estais vos misma esta noche en que temblais, frente á la eternidad que os aguarda.

Brígida ocultó el rostro entre las manos, como si quisiera no ver á aquel hombre, aparecido ante ella como un ser sobrenatural.

El conde continuó:

—Aquella fortuna debía pasar á dos jóvenes puras, dulces y generosas, que nunca habían hecho daño á nadie.

Brígida ahogó un suspiro.

—En la mañana que siguió á la muerte de vuestro amo, aquel hombre, convertido en ladrón por sus ambiciones, se dirigió á una casa aislada en el campo, encontrando en ella al padre de las dos jóvenes. ¡Sólo Dios sabe lo que allí pasó! El joven era fuerte; el coronel estaba moribundo. Cuando el primero salió, habia muerto el coronel, sus títulos habían sido robados, y tal vez la ambición que convirtió en bandido al niño que vos habiais criado, le hizo convertirse también en asesino.

—¡No, no!—dijo Brígida juntando las manos.—¡Decidme que eso es imposible!

—Los justificantes del depósito habían desaparecido: el miserable podía gozar en paz del fruto de su crimen. No sé—continuó aproximándose á la moribunda—si ha sentido alguna vez remordimientos; pero sé que vos los habeis tenido siempre: sois creyente y temblais por vuestra eterna salvación.

—¡Es verdad!

—Escuchadme aun, pobre mujer,—siguió Pedro.—Margarita, la primogénita del coronel, vino á preguntaros inútilmente. Aquel crimen, que pudisteis impedir, debía tener funestos resultados. Bien pronto, reducida á la miseria, deshauciada por los médicos, la más joven de las dos hijas del coronel espiraba en París sin poseer siquiera un céntimo para comprar una medicina que aliviase su agonía: si no os maldijo al morir fué por que era un ángel de bondad. Sus restos yacen muy apartados de los de sus padres, en una sepultura que la caridad de un desconocido compró para ella.

—¿Y la otra?—preguntó Brígida temblando.

—La otra arrastra una existencia precaria, expuesta á todos los peligros y á todas las injusticias, por culpa vuestra.

—¡Es verdad, es verdad! Pero, ¿qué puedo yo hacer?

—Confesar la verdad en vuestra última hora, descargaros del peso que os anonada.

Brígida estaba conmovida en presencia de aquel hombre tan tranquilo, que le hablaba amistosamente, evitándole el horror de una confesión superflua, puesto que conocía su

delito tan bien como ella, y le inspiraba una confianza sin límites.

Por otra parte, había llegado á la hora en que la enferma se sentía sin fuerzas y empezaban á flotar delante de su vista las nieblas de la tumba. Acordóse de la especie de maldición de Margarita Souvray en su última entrevista. Entonces con una vivacidad de que no se la hubiese creído capaz, dijo extendiendo hacia el conde su brazo, en el que se podían contar los huesos:

—Puesto que lo sabeis todo, debéis saber también que yo no puedo hacerle traición: yo lo he criado; yo le he servido de madre. ¿Puedo acaso hablar? ¿Debo acusarle y perderle? No, aun cuando yo me condenase...

—Me condenaré, pues—añadió con acento desesperado.

Entonces otro hombre, de imponente talla, con la cabeza desnuda, terrible en su traje de mendigo, salió de la sombra y dijo á la moribunda:

—Brígida, teníais razón en callar ántes, ahora nada os impide hablar...

—¿Cómo?

—No podéis ya perjudicarlo.

—¿Por qué?

—Porque ha muerto.

—¡Muerto!—murmuró Brígida con acento hosco.

—Muerto por Margarita Souvray, su víctima.

—¿Quién os la ha dicho?

—Ella misma.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Y enseñó la carta de la joven al conde, tan aterrado como la moribunda.

Brigida interrogó con la mirada al viajero.

—Es verdad — dijo este bajando la cabeza.

—Entonces — exclamó la moribunda — puedo decirlo todo... puedo confesarme, declararlo todo. Haced venir al cura, al doctor, á los vecinos: lo voy á revelar todo. Sí, Roland Beroul, mi niño, mi hijo casi, ha robado la fortuna del coronel Souvray, quinientos mil francos, una suma enorme. Sí, los títulos estaban allí.

Y al decir esto señalaba con el dedo tembloroso la gran arca de hierro que servía de caja á su amo.

—Sí—continuó;—arrojó al fuego los libros; sí, robó los documentos de casa del coronel... esta es la verdad. Ahora pido que Dios me perdone. Pero apresuraos, que voy á morir.

La enferma dejóse caer en el lecho. Pedro Meillant le tenía cogida la mano; el pulso apenas se notaba.

La agonía comenzó, pero sin dolor y sin angustia.

—Calmaos — le repetía — y no temáis... Dios os perdonará, como vuestras víctimas os han perdonado.

Pedro esperaba con ansiedad la llegada de los testigos, que el mendigo y la asistente habían ido reuniendo alrededor de Brigida.

Serigné no es una población grande. Las

casas más importantes se hallan en la plaza. El cura vivía á dos pasos; el doctor algunas casas más allá. Un labrador, vecino de los Beroult, llegó poco después.

La moribunda repitió ante ellos su confesión pública, que el doctor escribió bajo su dictado, y firmó con los testigos de aquella tardía reparación.

Cuando concluyó, la anciana recobró su serenidad de otro tiempo. A las cuatro expiró.

A aquella hora, Pedro Meillant, con el acta de la confesión de Brigida en el bolsillo, tomaba el camino de Tours, sin poder dominar su preocupación.

¡Mr. de Serigné muerto por Margarita Souvray! ¿Era posible? Hubiera querido llegar á Maillepré de un vuelo.

A las cinco y tres cuartos subió en el tren de Tours á Viesou, maldiciendo la lentitud del vapor.

A las ocho lanzaba su caballo al galope hacia el palacio, y á las nueve llegaba á la escalinata de la puerta.

Nada de particular se ofreció á sus ojos; nadie hubiera dicho que pocos instantes después debía salir de aquel imponente y tranquilo palacio una boda.

En el vestibulo, Pedro vió á Justina, que pasaba.

—¿Y la duquesa?—le preguntó.

—La señora está en sus habitaciones.

—¿Y Blanca?

—Está vistiéndose.

—¿Y María Magdalena?